



Las flores de don Espectación

(25 de octubre de 1964)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2591

DOMINGO 10 DE MAYO DE 2020

*Lectura acumulada (2017),
foto de Leticia Felgueroso.*



ESCRIBEN: César Anguiano, Indira Torres, Gabriel Gallo, Jaime Velasco,
Leopoldo Barragán, Fernando Hernández y Carlos *Caco* Ceballos.



Oficio

Indira Isel Torres Cruz

El pasatiempo de la poeta es hablar sola, construirse una casa en un árbol en un país inventado para hablar otras lenguas, nuevas lenguas de universos raros, apreciados salmos en una raíz imaginaria. El verdadero oficio de la poeta es habitar el mundo sola, buscar en un mundo solitario en una playa del Mediterráneo y leer, leer mucho, hacer de la cabeza un nido. Pasear con un perro en un pantalón bombacho y soñar y burlarse mucho, que al cabo este mundo siempre nos parecerá extraño. La verdadera felicidad es prestada. La felicidad es un destello con manos de algún mago de bigotes largos que toma limonada en Pekín. Hay que ir dentro de la infancia de la poeta y sacarle sus trapitos al sol, tenderlos en el patio de su casa y plancharlos; dejarlos listos en el guardarropa, en cualquier momento la poeta se vestirá de esos hilos de seda. Dice Cardoza y Aragón que el que escribe habla dormido. La poeta duerme y ronca en un vaivén de cantos pocos solemnes. No hay lugar favorito de esta poeta, su único lugar especial es la soledad de su cama y su nardo, un nardo que cambia de jarrón y agua. El agua es su salmo más sagrado y el mayor oficio de su lengua.

A un aprendiz de actor

Jaime Velasco

El arte de la actuación es también un oficio, una técnica, una disciplina, un lenguaje, una profesión. Todo eso y más. Todos llevamos un actor dentro. La cuestión es tomar la decisión: *¿ser o no ser?*... El camino de la actuación está lleno de paradojas. Uno debe dejar de ser uno mismo para volverse otro muy distinto. Hay que construir una partitura de acciones que contengan al personaje, y al mismo tiempo, lo expongan al desnudo. El teatro es transparente. Entonces se requiere el entrenamiento de las emociones. Y hay que graduarlas, matizarlas, entonarlas. Uno nunca está solo en el escenario. Siempre hay alguien que te mira, te observa, te critica. Es el espectador. En los ensayos el espectador es tu guía, tu tirano, tu director. Sabes que eres la materia prima y esencial del arte teatral.

Debes confiar en tu equipo. El ego se deja antes de cruzar la puerta del salón de ensayos. Todo allí se irá tejiendo en torno de la acción dramática, del universo de la ficción que es la obra, el espectáculo, la puesta en escena. Tú eres un vehículo.

Al principio uno es torpe en el escenario. Es lógico. Hay que reaprender a caminar, a estar quieto, a respirar. Entonces, uno se entrena por horas. El escenario guarda sus reglas. Es un espacio consagrado. Las palabras suenan huecas, planas, de memoria. Toma tiempo volverlas vivas. El personaje está en un tiempo específico, bajo circunstancias particulares, en una sociedad concreta. Tienes que nutrir tu imaginación. Tienes que investigar aquellas cosas que envuelven al personaje. Son horas de estudio.

Actuar es echar a andar un andamiaje de procesos emotivos, de nervios al tope, de energías desbordadas. Todo ello se debe procesar. Son los pensamientos los que dictan los actos. Y luego,

después de horas de ensayos se arma una estructura que te permitirá, una vez que se integren todos los elementos escénicos, ser libre. Es el momento entonces de dar la tercera llamada, de oscurecer la sala y conmover al espectador.

La capacidad de sacrificio en el actor es de vital importancia. Hay que dejar de lado compromisos familiares y sociales. Cuando los demás se divierten, los actores ensayan. La energía que depara un ensayo es elevada. Es necesario dormir bien, comer sano. La esfera de lo personal repercute en tu ser profesional.

Uno llega al escenario por distintas razones: todas son válidas. Sin embargo, hay que matizar. La fama es un camino que puede ser frustrante. La fama es más bien algo accidental, allí todo puede suceder. No es importante. Es mejor

pensar tu trabajo en términos de reconocimiento. Y eso toma su tiempo. Y una vez que lo logras, tienes que empezar de cero. El actor debe entrenar su ego. Cultivar una ética profesional. Y sobre

todo, disponerse una cultura de resistencia. Así, podrá corroborar lo que Albert Camus expresa en *El mito de Sísifo*: “Basta un poco de imaginación para sentir lo que significa un destino de actor. Éste compone y enumera sus personajes en el tiempo. También aprende a dominarlos en el tiempo. Cuantas más vidas diferentes ha vivido tanto más se separa de ellas. Llega un tiempo en que hay que morir en la escena y en el mundo. Lo que ha vivido está frente a él. Ve claramente. Siente lo desgarrador e irremplazable que tiene esa aventura. Sabe, y ahora puede morir. Hay casas de retiro para los comediantes viejos”.

Ahora bien, joven aprendiz, ¿estás dispuesto a recorrer este sacrificado camino, este viacrucis escénico?



El escenario guarda sus reglas. Es un espacio consagrado. Las palabras suenan huecas, planas, de memoria. Toma tiempo volverlas vivas. Tienes que nutrir tu imaginación. Tienes que investigar aquellas cosas que envuelven al personaje.



Epistemología de los oficios

Leopoldo Barragán Maldonado

Estamos próximos a ingresar al mundo de la tecnología de quinta generación (5G); a pesar de ello, resulta paradójico que no tengamos conocimiento exacto del lugar en que apareció la primera forma humana, sólo los vestigios esparcidos en algunos continentes han permitido establecer hipótesis respecto a la evolución de los primates en homínidos y éstos en humanos. Si buscamos a nuestros parientes más lejanos, hay que mirarlos en las familias de australopitecos y pitecántropos. Independientemente de los rasgos diferenciadores que establece la antropología física, tal parentesco no sería biológico, sino social y tecnológico. De hecho, el australopiteco es considerado como el primer *homo faber*, es decir, el hombre que fabrica instrumentos primitivos de caza y defensa. Con el *homo faber* nacieron los oficios, fueron los primeros maestros en dominar la técnica del tallado y el pulido de huesos, pieles y piedras. Lo mismo podemos decir de nuestros parientes más cercanos: el hombre del Cro-Magnon, y el hombre del Neanderthal, los primeros en ejercer los oficios artesanales.

Desde esta perspectiva antropológica es importante tener en cuenta lo que señala Ralph Turner en su obra *Las grandes culturas de la humanidad*: “el estrecho vínculo del hombre con sus parientes más cercanos (los primates, sobre todo los simios y los monos antropoides), lo indica el hecho de que tiene aquél muchas características comunes con éstos: 5 por ciento con los monos del viejo mundo; 5 por ciento con el orangután; 8 por ciento con el gibón y 9 por ciento con el gorila y el chimpancé. Sólo un 30 por ciento del instrumental biológico del hombre es propio y peculiar suyo”.

Henri Bergson, en el capítulo II de su *Evolución creadora*, afirma: “si pudiéramos despojarnos de nuestro orgullo: sí, para definir nuestra especie, nos atuviésemos estrictamente a lo que la historia y la prehistoria nos presentan como característica constante del hombre y de la inteligencia, no diríamos, quizá, *homo sapiens*, sino *homo faber*. En definitiva, la inteligencia, considerada en lo que parece ser su punto de partida, es la facultad de fabricar objetos artificiales, particularmente utensilios para hacer utensilios, y de variar indefinidamente su fabricación”. Efectivamente, en la antigüedad los romanos acostumbraban decir: *fabricando fabrilis discas* (fabricando aprendes a fabricar).

En nuestro contexto cultural, y debido a la división social del trabajo, es común emplear palabras como ‘maestro’ y ‘maistro’ para referirnos a personas portadoras de diferentes conocimientos. Si bien la primera se relaciona con una actividad intelectual, la segunda es referida al trabajo manual. Debido a la función social del lenguaje concedemos el título de ‘maestro’ a la persona que ejerce con destreza y dominio cualquier campo profesional, obtenido normalmente por su formación académica; asimismo, atribuimos el calificativo de ‘maistro’ a todo aquel que desarrolla con habilidad y pericia su trabajo manual, derivado generalmente de su experiencia.

Lo anterior es un prejuicio que reproducimos inconscientemente como parte de nuestros roles sociales, el mismo lenguaje nos pone en evidencia aquella oposición; por ejemplo, un cirujano que es diestro con sus técnicas operatorias, puede ser considerado, en su comunidad científica, como un ‘maestro’ en el arte de la cirugía (del griego *jeir* = mano, *ergon* = trabajo). Sin embargo, en su práctica profesional no hay exclusión entre trabajo intelectual y trabajo manual, capacidad y habilidad van implícitas, por algo dice un refrán: “el buen cirujano, blando de palabras, duro de manos”. Si no interviniera el factor del conocimiento intelectual, quizá la cultura popular hubiera hecho del cirujano un ‘maistro’.

Igual sucede con los trabajadores de la construcción, no es lo mismo el ‘maistro’ que limita su labor a cosas manuales, que el ‘maestro’ como patrón o responsable de la obra; se supone que éste posee conocimientos referentes al arte y técnica de la albañilería. Recordemos a los gremios de albañiles medievales (*mason*) especializados en la construcción de grandes catedrales góticas, estos albañiles, también llamados arquitectos, dominaban con destreza el corte, tallado y pulido de piedras, vidrios y maderas. Con el apoyo de escuadra y compás, fueron capaces de planificar y erigir aquellos monumentos representativos de ideologías y cosmogonías.

Mario Bunge en su texto *Epistemología*, explica que “ninguna tecnología puede entenderse cabalmente sino en sus relaciones con sus vecinos próximos y sus antecesores inmediatos (...) toda rama de la tecnología presupone no sólo el conocimiento ordinario y algunas pericias artesanales, sino a veces también conocimiento científico y siempre conocimiento matemático”.

Por consiguiente, al circunscribirnos en las esferas del arte y la técnica, como elementos que intervienen en la construcción del saber intelectual y el hacer manual, es



factible visualizar un punto de unión entre ellos, y ese vértice se llama sentido común. El sentido común es una plataforma donde se asientan juicios de valor práctico, experiencias compartidas, formulación de hipótesis, resultados comprobados, métodos aceptados, técnicas funcionales, visiones del mundo e interpretaciones de la realidad. En la tradición filosófica se considera a Thomas Reid como el precursor de la filosofía del sentido común, a la que posteriormente se acercó Karl Popper. Sostiene Reid: “el hombre que descubrió por primera vez que el frío congela el agua, y el calor la transforma en vapor, se basó en los mismos principios generales y utilizó el mismo método que Newton empleó para descubrir la ley de la gravitación y las propiedades de la luz”. Un tránsito del sentido común al conocimiento científico.

Rastreando las huellas del sentido común, y buscando la buena vecindad (Bunge) entre el conocimiento ordinario y el filosófico, escribí mi libro *Filosofía Colimota* (2009), cuyos dos primeros capítulos se titulan ‘Los maestros’, y ‘Los maistros’, respectivamente. Dichos criterios epistemológicos me permitieron clasificar a un grupo de filósofos colimenses, tales como Emeterio Covarrubias, Severo Campero, Guadalupe Chávez, Jorge Portillo del Toro, y Miguel Carrillo, entre otros. Consecuentemente, reagrupé a diferentes personajes de nuestra cultura popular y dedicados a diversos oficios, destacándose Jesús Gutiérrez Iglesias (a) *Cacheto* (panadero), Gustavo Silva (chicharronero), Francisco Llerenas (tejuinero), Bernardino Mendoza (a) *Pito Pérez* (zapatero), y sin faltar ‘la joya de la Universidad’, Baldomero Larios Cuevas (a) *Baldo* (tubero).

El muro que une en buena vecindad a ‘maestros’ y ‘maistros’, se levanta sobre los cimientos del sentido común, es decir, en un sistema de principios, creencias y persuasiones compartidas. Karl Popper en su obra *La responsabilidad de vivir*, advirtió la necesidad del conocimiento a través de las homologías como un *a priori* en el desarrollo de las teorías evolutivas, pensar evolutivamente significa pensar por analogía: “cuando considero mi nariz y la nariz de un perro como homólogas, este es el primer paso hacia la teoría evolutiva... mi tesis fundamental en la teoría del conocimiento es que el saber consta de un elevado grado de generalidad”.

Los epígrafes ‘maestros’ y ‘maistros’ no son discriminatorios, puesto que no están considerados en función de su estatus social, sino como sujetos portadores de conocimiento, ya que en el acto formal del filosofar la razón y la experiencia se anudan en el sentido común, vinculación esencial de la especie humana. Tan falso es considerar que la filosofía sea expresión pura de la parafernalia racionalista, como absurda es la disociación entre trabajo intelectual y trabajo manual; no hay separación entre ellos, sino asociación funcional, correlación estructural y dependencia social.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Las flores de don Espectación

Don Manuel Sánchez Silva

(25 de octubre de 1964)

Durante los años veintes y gran parte de los treinta, los jardines de Colima fueron un justificado motivo de admiración para propios y extraños, por la profusión de plantas florales de diversas especies, que lucían en sus prados el artístico arreglo de los mismos y la limpieza y cuidado que había en fuentes y callejuelas.

Contribuía a la conservación de ese esplendor la abundancia de agua corrediza, que día y noche se deslizaba por zanjas y cortadillos de murmurosa y refrescante caricia, pero el principal mérito correspondía al jefe de jardineros, que respondía al raro nombre de Espectación Sandoval y que era un devoto de la jardinería.

Por aquella época, don Espectación era un hombre de unos 40 años, de estatura mediana, facciones indígenas y oscura tez, que vivía en un gran solar bardado frente al parque Hidalgo y contraesquina de lo que ahora es el Centro de Salud. En ese terreno, el señor Sandoval, con infinita paciencia, había trazado parcelas, abonado tierras, sembrado semilla y “codos”, y formado un extenso y magnífico vivero de plantas de ornato, que eran su satisfacción y orgullo.

En lujuriente policromía de matices, confundíanse las rosas blancas, rojas, moradas y amarillas con los rosales, la palidez enfermiza de las camelias, la llamara cárdena de las bugambilias y la nevada fragancia de las gardenias, que se destacaban en un marco tropical de crotonos de todos colores y formas, salpicados de mirtos, pastoras y jacalosúchiles. ¡Un vergel cautivante a la vista!

De ese vivero privado, don Espectación extraía las plantas para los jardines públicos y personalmente vigilaba su siembra, abono, riego, poda y conservación. A mañana y tarde veíasele, con las mangas de la camisa en alto y tocado con un “guaymeño”, controlando el trabajo de sus subalternos, que bajo su dirección conformaban camellones de “oreja de ratón”, entreverados con “violetas” y “no me olvides”; recortaban el follaje de los “truenos”, hasta darles figura de lirios, jarrones y águilas; y mantenían florecidos y aseados los prados interiores, que eran

la delicia de los románticos enamorados de entonces.

¡Cuántas declaraciones de amor se hicieron a la sombra perfumada de esos prados! ¡Qué momentos profundamente emotivos vivieron los adolescentes, a quienes la angustia amorosa enmudecía para dar lugar a que los ojos proclamaran los tiernos sentimientos que los labios no expresaban!

Porque en ese tiempo en que don Espectación prodigó sus talentos de floricultor artista, se vivían los últimos años de romanticismo, en que el cariño era a un mismo tiempo gozo y tormento, dulzura y pena, satisfacción y congoja.

Después... todo encanto fue acabando. Escaseó el agua, el gobierno sustituyó el viejo estilo de la jardinería floral por la escueta moda inglesa. El pasto sucedió a los rosales y, sobre todo, murió don Espectación, acabando con él toda una época de ensueño. El paisaje provinciano se transformó al modernizarse: la antigua carretela tirada por caballos fue desplazada por el automóvil de alquiler; el pavimento de concreto cubrió los viejos, simétricos y característicos empedrados colimotes; las “empanadas de San Francisco” quedaron relegadas por los pasteles “Marinela”; los “farolitos” de La Salud fueron sacrificados a los focos eléctricos; la coca-cola descartó a la “fresca y dulce, de cebada el agua”, de callejero y musical pregón; y los jóvenes, en vez de componer versos a las muchachas, pretenden interesarlas hablándoles de la bomba atómica y de los secretos electrónicos...

Y ya no hay jardines que a la caída de la tarde inspiren el deseo de sentarse en las bancas para aspirar el aroma de las flores, mientras pasa en cámara lenta la vida, se escucha el sonoro tañer de las campanas que llaman a la “hora santa”, se oye entre las ramas el aleteo de los tordos que se acurrucan entre el ramaje, y se van los ojos tras el rítmico paso de las devotas que se dirigen al templo, con el rosario en la mano, la chalina puesta y la actitud beatífica, dejando una estela de ansiedad y turbación...

Ya no hay dónde soñar despierto... ni hay quién sueñe.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



El viejo jardinero, pintura de Emil Claus.

De ese vivero privado, don Espectación extraía las plantas para los jardines públicos y personalmente vigilaba su siembra, abono, riego, poda y conservación. A mañana y tarde veíasele controlando el trabajo de sus subalternos, que bajo su dirección conformaban camellones de “oreja de ratón”, entreverados con “violetas” y “no me olvides”.

El Taller

Gabriel Gallo H.

Qué curiosa y extraña es la mente humana, juega con el tiempo como si se tratara de un trapo; cosas que acaecieron hace 60 ó 70 años, toman un aspecto de realidad tan sólida y actual como algo que nos sucedió tan sólo unos días atrás o ayer mismo.

Les cuento que yo, literalmente, crecí entre ruidos de golpes de martillos, chirriar de poleas y engranes, zumbido de esmeriles, olor a aceite y metales calentados al rojo; eso y lo demás que se encuentra en cualquier taller mecánico de tornería y soldadura. Aún estaba cursando el kindergarden y mi padre, en ocasiones me llevaba al taller, y para alejarme del peligro de engranes y motores, me ponía a barrer dándome una escoba pequeña. Obvio, regresaba a casa con la ropa, manos y cara llenas de aceite e impregnadas de negro.

En este tipo de talleres, era común que las personas ingresaran a trabajar apenas terminada la primaria y se les denominaba con el mote genérico de “Estopas”, así como a los ayudantes de peluquería se les decía “Chícharos”. En esa infancia-adolescencia, poco a poco se les iba quedando algún mote de connotaciones infantiles: Panchito, *El Mascota*, Chuy, *Tuzita*, etc.

Conforme pasaban los años adquirían habilidades en el manejo de diferentes herramientas, el avance era paulatino hasta manejar con soltura cualquiera de los equipos: taladros, cepillo, rimas, prensas, soplete, soldadura eléctrica y el rey: el torno y fresadora. Después de años de estar en la brega, los oficiales o “Maistros” eran personas altamente creativas en la solución de los problemas de reparación que se presentaban, pues en aquel tiempo, un alto porcentaje de los trabajos implicaban la remanufactura de las piezas dañadas de los automóviles, camiones de carga y autobuses, ya fuera por costos, tiempo o escasez de refacciones, las piezas se reparaban.

En la actualidad, la mayoría de los mecánicos son “fifís”, quitan la pieza, la tiran y ponen una nueva. En esa época era común ver autos de 30, 35 o más años de antigüedad funcionando. Eran otros tiempos, no el actual desperdicio del consumismo programado a propósito para hacer ricos a las grandes empresas y cadenas automotrices.

Algunos ejemplos de los trabajos que se hacían en estos talleres: Era frecuente que a causa del pésimo estado de los caminos por donde transitaban, se rompieran las espigas metálicas donde se montan y giran las llantas de los camiones de carga. Para repararlas había que descargar el camión, calzar la carrocería, quitar todo el eje trasero y llevarlo a arreglar a algún taller con tornos grandes. Ahí se fabricaba la espiga torneando un trozo de acero, se calibraba la parte del eje y se colocaba la espiga nueva. Se llevaba el eje reparado hasta donde había quedado varada la troca, se colocaba, montar las llantas y ajustar el sistema de frenos y continuar el camino. Todo en un lapso

de 36-48 horas. Era frecuente trabajar toda la noche para entregar pronto la pieza reparada.

Otras ocasiones se fabricaba la pieza y se sometía a un proceso de templado donde, según el acero, se caldeaba la pieza con soplete hasta que adquiría un color rojo específico, acorde al tipo de acero y sumergirlo en agua o aceite, según se necesitara.

Otro proceso de riesgo, literalmente mortal, era endurecer la superficie de la pieza que, por su trabajo de rozamiento continuo, así lo requería para evitar el rápido desgaste. Consistía en –y no miento ni un ápice– tomar esferas de cianuro potásico, que tenían el tamaño de una canica grande, se colocaban 2 ó 3 de ellas en el hueco hecho en un ladrillo de barro cocido, que hacía las veces de crisol, y se derretían con un soplete de acetileno. Una vez que el cianuro estaba líquido y la pieza caldeada al rojo, se sumergía ésta en el cianuro, girándola para que toda la superficie a tratar quedara impregnada uniformemente; a continuación se sacaba y dejaba enfriar. Su superficie quedaba nitrurada y con una gran dureza. El peligro estaba en que durante el proceso se desprendía el humo mortal de cianuro si acaso se aspiraba, aun si fuera un poco, producía un terrible dolor de cabeza durante toda la tarde-noche. Un ayudante se encargaba de soplar y alejar el peligroso humo con un cartón.

Como un dato real para el lector: el humo que se generaba es el mismo que se utiliza en la mal afamada “Cámara de gas”. Y otro dato curioso que nos da idea de cómo cambian los tiempos: La esferas de cianuro potásico las vendían en algunas farmacias, por kilos, a clientes ya conocidos y dueños de talleres. En ocasiones llegué a acompañar a mi padre a comprar kilos de cianuro potásico.

También era común que los accidentes sucedieran y no era raro ver algunos dedos sin falange, o torcidos por malas soldaduras, por las fracturas, ojos irritados por la luz intensa de la soldadura eléctrica, quemaduras y cicatrices innumerables. Había pocos, pero no se usaban los equipos de seguridad de hoy. Así se vivía y así se moría.

La parte bonita era la creatividad, pues se podía reparar todo; algunas trabajos como rellenar con soldadura piezas desgastadas y su posterior torneado eran rutina, y dar ajustes de tan sólo 1/5 del grueso de un cabello, era la regla. Se usaban en el torno, por orden: buril, lima bastarda o una fina, lija, lija usada, e inclusive pasta de pulir. Lo común era que la pieza reparada durara más tiempo trabajando que una nueva.

Este escrito es un homenaje a mi padre: Don Tomás Gallo, mi tío Daniel Gallo, al “Maestro” Panchito Mena, a Carlos González (*El Mascota*), Rubén Mena, Maximino (*Maxi*), Chuy Mireles, Sergio (Chencho), *El Riñón*, Librado Ríos y a tantísimos mecánicos que trabajaron en los talleres de la Calzada Independencia en Guadalajara, Jalisco.



Don Tomás Gallo torneando en el taller.



De izquierda a derecha: Carlos González (*El Mascota*), Francisco Mena (*maestro Panchito*), Rubén Mena y don Tomás Gallo Q.

Ser escritor en México

César Anguiano

Ser escritor en México es muy diferente a serlo en los Estados Unidos o Francia. Cada país, cada época, tiene su propia idea de lo que debe ser un escritor. El tema, más propio para un libro que para un breve ensayo, es amplio y complejo. Intentaremos, sin embargo, decir algunas generalidades al respecto así como algunas cosas en particular, experiencias propias, digamos, en torno a este oficio. Comencemos por las generalidades. Los escritores, los rapsodas, los poetas no siempre han desempeñado la función que desempeñan hoy día. Homero, por ejemplo, lo mismo que la de los compositores de la Relación de Michoacán, o los escribas dibujantes del imperio azteca, más que la de simples entretenedores, era la del historiador y la del sacerdote; incluso, a juzgar por algunos fragmentos de *El libro de los muertos* de los egipcios, o de algunos poetas presocráticos, la de científicos. Los sacerdotes rapsodas de la Relación de Michoacán, y muchos otros alrededor del mundo, eran grandes declamadores capaces de entretener a sus públicos durante varias tardes o noches consecutivas, mientras relataban la historia de su pueblo, hablan de sus dioses, incluso de la creación o el origen del universo.

En la Edad Media, al menos en Occidente, la figura del escritor disminuyó a la de simple comentarista de la Biblia. Consideraban que todo lo que valía la pena escribirse, ya se había escrito. El escritor novel, porque a pesar de todo continuaban naciendo y formándose, sólo podía escribir como comentarista de los escritores antiguos. Escribir algo que no estuviera apoyado en algún versículo de la Biblia, en alguno de sus capítulos o en su supuesto sentido general, podía acarrear graves consecuencias. Sólo a partir del Renacimiento y la Reforma el escritor comenzó a adquirir de nuevo la libertad de acción y de pensamiento, el prestigio que se tuvo por primera vez en el mundo grecorromano. Platón, Aristóteles, Demóstenes no habrían sido tan influyentes en su propia época, ni mucho menos en la nuestra, si no hubiesen sido, también, escritores.

La historia de la libertad del escritor desde la Edad Media a la fecha, ha sido de avances y retrocesos. Si bien durante el Renacimiento y la Reforma se lograron cosas extraordinarias, llegaría la Contrarreforma y se perdería mucho de lo ganado. La Iglesia Católica creó un *Índice* donde se anotaba cada uno de los autores que por contradecir algún pasaje bíblico, criticar la ortodoxia de la iglesia o simplemente poseer un “espíritu científico”, moderno, ajeno por completo al espíritu religioso, ponía en riesgo su poder. Galileo, Kepler, Descartes, Kant, Spinoza, incluso un autor que nos parece ahora tan tierno y bien intencionado como Anatole Francé, fueron parte de ese famoso índice. Una mirada superficial a la historia de la literatura en su sentido amplio podría hacernos pensar, equivocadamente, que todo lo mejor de ella estuvo alguna vez prohibido, pero no es así. Basta pensar en Cervantes y su famoso *Quijote*, en Dante y su *Comedia* para descartar por falsa esa idea. Menciono el tema, sin embargo, porque desde los mismos presocráticos, es decir, desde hace al menos dos mil seiscientos años, el escritor, cuando toma la pluma, debe enfrentar la cuestión de su libertad y la verdad. Debe decidir si escribe ateniéndose a éstas, o si escribe tratando de convertirse en un pilar, en un aliado de un sistema, de una época o de un gobernante determinado. Hay excelentes escritores en ambos bandos. Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, es una verdadera estrella de la última parte de la Edad Media. Lo mismo puede decirse de Lope de Vega, o Santa Teresa de Jesús, respecto a su época, por mencionar sólo algunos en nuestra tradición hispánica. No es necesariamente la rebeldía lo que hace bueno a un escritor.

El siglo de las luces, el XVIII, no fue, pese a su optimista denominación, más libre que otro cualquiera, a no ser en enclaves y ciudades determinadas. París, Londres, Los Países Bajos, dieron muchos buenos escritores. Escritores que no podían autodefinirse como completamente libres, pero que fueron lo suficientemente valientes, para poder

trabajar en sus ideas. Los enciclopedistas trabajaron siempre bajo la mirada vigilante y desconfiada de la iglesia y el gobierno. No hay ni qué decir que prácticamente todos sus estudios caían de inmediato, al ser publicados, en el famoso índice de autores prohibidos.

Durante la Colonia, en México, en todos los dominios del Imperio Español, había que leer a todos esos autores, a escondidas. Poseer un libro de Voltaire, Rousseau y otros por el estilo, podía hacer que fueras a dar con tus huesos a la cárcel, y en casos extremos, a la hoguera. En el imperio español se podía leer todo lo que se quisiera a los clásicos grecorromanos, siempre que esa lectura no generara un espíritu científico. Es decir, que terminara anteponiéndose la razón humana, a la idea de Dios; que se le diera más crédito a la observación y a la especulación que a la letra del viejo y nuevo testamento. Muchos de los problemas de Sor Juana, en plena Contrarreforma, debieron generarse en esta “peligrosa” cercanía de su obra y su vida con el libre pensamiento. No pocos de sus versos, incluso poemas enteros, revelan en ella una observación tranquila, casi fría, más propias de la ciencia, que del misterio promovido y cultivado en la Edad Media.

La libertad del escritor en México, jamás ha sido completa y podría decirse que prácticamente en ninguna parte del mundo. Todo lo mejor de la literatura Rusa del Siglo XX estuvo prohibida en su momento, lo mismo que la de Arenas y otros escritores en Cuba. El Siglo XIX, sin embargo, fue épico en prácticamente todo el orbe. El mundo de las

letras se dividió en dos bandos antagónicos y casi siempre irreconciliables. Liberales por un lado y conservadores por el otro, o socialistas y conservadores, o comunistas y conservadores. Si bien lo que se escribía podía hacer que se terminara con un par de balas metidas en el cuerpo o con todo él metido en prisión, nunca como en el Siglo XIX los diálogos o las disputa de ideas fue tan libre. La libertad de que se dispuso en el Siglo XX fue bien pobre si se la compara con la que se tuvo en el XIX. El escritor de ese siglo, fuera de la tendencia que fuera, tenía un medio donde publicar; había medios incluso de tendencias novedosas miradas con recelo y pavor como el comunismo. El escritor de izquierdas en el Siglo XX, la tuvo más difícil que el del siglo anterior. Si se estaba en Rusia, era prácticamente imposible escribir y publicar algo contra el comunismo, y si se estaba en los Estados Unidos, algo a favor de él. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los países donde ambos mantenían o mantienen su influencia.

En los Estados Unidos, durante el XX, se creó una nueva manera de controlar a los escritores. Al lado del control tradicional de los disidentes con los métodos tradicionales: cárcel, asesinato, ostracismo social,

imposibilidad de publicación; se dio otro, en extremo novedoso, proporcionado por la “academia”, es decir, por estudiosos y supuestos expertos pagados y utilizados por el sistema. Estos profesores han llegado a decir grandes mentiras sin ningún pudor, pero uno de sus principales logros fue la de etiquetar a gran parte de la Literatura existente, y a la aún por nacer con el nombre de “ficción”. Gran logro de reducción al absurdo, de un Homero que era a medias sacerdote, historiador y comediante, de un rapsoda capaz de captar y dar forma al sentido general de una civilización, al de simple creador de historietas ficticias, es decir, con poco o ningún sustento en la realidad. Una metamorfosis desafortunada, de un escritor que podía verlo casi todo, a otro que no se atreve a ver prácticamente nada.

En la actualidad, sin embargo, han empezado a surgir libros, como el de Gustavo Bueno, que nos hablan de una “inteligencia literaria”, de aspectos de la realidad que sólo podemos captar con la ayuda de la literatura. Para muchos académicos en los Estados Unidos y para la gente que confía en sus “puntos de vista”, la crítica feroz hecha al imperio napoleónico en *La cartuja de Parma*, o la injusticia y la desigualdad social implícitas en las historias de Chejov, o la efectiva crítica del sistema totalitario comunista hecha por Yuri Dombrovsky, en *La facultad de las cosas inútiles* son meras ficciones que no hay



que tomar muy en serio, pues son meras obras de imaginación, y si se relacionan con la realidad, lo hacen sólo de lejos. Esto es muy importante entenderlo, porque aunque aún pueden encontrarse en las librerías obras como *Guerra y Paz*, de Tolstoi, o *Vida y Destino* de Vasili Grossman, *La Montaña Mágica* de Mann, o *Los miserables* de Víctor Hugo, es decir, grandes ejemplos de todo lo que puede lograrse gracias a la inteligencia literaria, la gran mayoría de los nuevos autores en México y gran parte del mundo, han renunciado de antemano a su poder de comprensión y a su capacidad de trabajo. Han renunciado incluso a la función que el Estado espera de ellos —la de defensores consientes y hábiles del régimen o el *estatus quo*— para convertirse sólo en contadores de anécdotas, de historias breves que no exijan demasiada atención ni demasiada inteligencia del lector; en escritores que buscan hablarle al cuerpo gracias a la escatología y al relato de aventuras sexuales, y no a la inteligencia con visiones generales, con comprensiones o críticas profundas de la época en que les ha tocado desarrollarse y trabajar. Un escritor ahora, en México y gran parte del mundo, no necesita ser profundo, ni muy estudioso, ni trabajador o leal consigo mismo y su obra. Un escritor de hoy en México, debe ser sobre todo, *buena onda*, demostrar de antemano que no pretende nada sino contar historias divertidas, entretenidas. Para eso, basta subir a su página de Facebook declaraciones, excusas, chistes, como el que subió uno de mis contactos el día de ayer. “Soy escritor/ esto significa que vivo en un mundo loco, de fantasía, con expectativas poco realistas/ Gracias por entender”.

¿El escritor combatiente del Siglo XIX y la primera mitad del XX? ¿El escritor realista que hace una crítica severa del idealismo, como Cervantes? ¿Un nuevo Dombrovsky describiendo de manera genial el totalitarismo? ¿Un nuevo Balzac contándonos él solo toda la historia del Siglo XIX desde todos los ángulos y puntos de vista posibles? Eso está pasado de moda. El escritor de ahora está obligado a limitarse a lo que pasa en una oficina, una fiesta entre amigos, una recámara. ¿Tratar de reflejar un movimiento social? ¡No! De preferencia que ignore lo que significa tal cosa. O si lo sabe, que sepa descartar los auténticos para limitarse a los promovidos por el sistema. Se puede hablar de violencia, sí, pero desde afuera; jamás intentando hablar de sus causas y sin mencionar, por supuesto, a sus principales beneficiados o administradores.

Este es el tipo de escritor que más abunda en la actualidad.

Intentar ser un escritor diferente —uno que escribe pensando en los grandes ejemplos del pasado, pensando en determinadas obras que considera maestras y en sus autores— es de muy mala educación en México. Puede atraer sobre uno miradas severas, reprobatorias, hacer que te *desinviten* de cualquier festival, si por error ya te habían invitado. Para ser bien visto como escritor en México, pues, hay que ser ligero como una mujer coqueta, superficial como los buenos conversadores; no estar en contra de nada, a no ser de boberías, como el baño, llevar las uñas cortas y la ropa limpia.

El verdadero escritor, sin embargo, debe tener la capacidad de trabajar lejos de la sociedad, de las instituciones, pero nunca lejos de la gente, porque la gente, será siempre la verdadera protagonista de la Literatura. El verdadero escritor nunca aplaude el régimen imperante, la visión del mundo oficial; un verdadero artista tendrá siempre su propia visión del mundo y la realidad. No se somete a las presiones ni a las sugerencias de los políticos; porque los políticos tienen sus propios objetivos e intereses y los artistas los suyos. En todas las épocas ha habido escritores muy felices, incluso geniales, cerca del poder. Pero en todas las épocas también ha existido el otro, el que prefiere trabajar en su propia visión antes que en la de otros. Lezama Lima nunca se plegó al régimen castrista. De hecho, su *Paradiso*, no es otra cosa que una visión paralela de Cuba junto a la creada, o a la que intentó crear el régimen. Mientras el marxismo castrista pedía arrasarlo todo para fundar algo nuevo, Lezama se concentró en salvar una especie de Cuba eterna. El artista, pues, será siempre el defensor de la multiplicidad y heterogeneidad de la vida humana, por eso cae en desgracia en prácticamente todos los sistemas, porque intuye que el hombre es muchas cosas y no sólo una. Y no sólo lo intuye, sino que lo siente y lo ve dentro de sí y en la gente a su alrededor. El tirano en turno querrá siempre elogios, deseará siempre que se diga que se vive bajo el mejor de los regímenes posibles, pero la imaginación del verdadero escritor, si éste honra su oficio, es la imaginación de toda la humanidad, no se conformará con la realidad que le propongan, y ofrecerá otras posibles, incluso más reales.

El editor, el funcionario cultural, incluso muchos lectores insistirán en que se escriban sólo obras agradables y entretenidas. Obras bonitas como un día de campo, como una ida a la playa. Pero hay dos maneras de ver el mar y la literatura. El mar puede verse desde la orilla, podemos jugar con sus olas, mirarlo desde lo alto de un acantilado, permanecer siempre en sus márgenes, imaginarnos todo lo que puede haber mar adentro, en sus profundidades. O podemos hacer como el buzo de aguas profundas, como el camarógrafo que se encierra en una jaula de acero para bajar a filmar los tiburones, meternos a uno de esos submarinos especiales que analizan las profundidades de los océanos en busca de vida microscópica o de petróleo. Podemos ver los toros siempre desde la barrera, o podemos, en un arresto de coraje, arrebatar el capote al torero y experimentar de verdad lo que se siente cuando una bestia de setecientos kilos, armada de dos filosas astas, se te echa encima.

La mayor parte de los lectores, incluso algunos escritores, aman la literatura como el niño ama las olas del mar, siempre desde afuera, siempre a salvo de las grandes honduras y corrientes. Nos gusta leer con un café al alcance de la mano, mientras sentimos, vemos, o escuchamos llover detrás de la ventana. No hay nada de malo en que la gran mayoría permanezca siempre a la orilla del mar, o que la mayor parte de los lectores prefieran los libros de entretenimiento. Lo que resulta penoso es que la literatura de entretenimiento, el miedo del niño que aún no aprende a nadar, se promuevan como la mejor de las conductas posibles. Es penoso, porque lo que caracteriza al hombre es la victoria, una y otra vez, contra ese miedo.

La humanidad no avanza si se deja dominar por el temor, peor aún, no hay humanidad si cedemos constantemente a él. La humanidad comenzó cuando un primate que comenzaba a perder el pelo alcanzó el borde de la jungla, miró la sabana, la inmensa planicie y decidió internarse en ella. El escritor no está ahí sólo para entretener divertidamente a sus lectores, para distraerlo. El escritor está ahí para obligarnos a ver lo que nos negamos a ver, para recordarnos que ya no somos el primate en lo alto de un árbol, temeroso de los rayos y las noches de tormenta, sino ese otro que, sobreponiéndose al temor, echó a andar sobre la planicie desconocida.

Cada gran escritor, cada gran artista, crea su propia poética. No hay grandes artistas con estéticas prestadas, copiadas. Ser un artista bueno o excelente implica haber sido capaz de reflexionar y forjar para sí una serie de preceptos bajo los cuales poder crear. Cuando el artista acepta crear bajo directrices dictadas por un funcionario o un académico, está fracasando todavía en mayor medida que aquel que escribe bajo los preceptos de un grupo o movimiento artístico. Ser escritor es ser libre, al menos para pensar. Porque el buen arte es siempre, también, una suerte de pensamiento. Nuestro conocimiento del mundo, del ser humano, serían muy pobres si no contáramos con la ayuda del arte. De la novela, para sentir y entender lo que era soportar la dictadura de Stalin, de los buenos fotógrafos para asomarnos a la vida de la gente común en China, o en Francia, al final del Siglo XIX.

La misión del artista no es aplaudir, es crear visiones y sentimientos del mundo; es poner en manos de los otros, del ser humano, de cualquiera que sea, el fruto del trabajo de décadas, y por qué no, el de milenios. Es hacer posible que el otro *sea y entienda* en proporciones que jamás habría logrado por sí sólo. Es hacer cartas, muchas cartas, para hablarles de nosotros a la gente del futuro y que no nos olviden; para que nos envidien, si por azar fuimos más afortunados que ellos, o para que tengan piedad de nosotros, si fuimos desafortunados. La Biología, la Historia, la Física pueden practicarse con un profundo sentimiento de humanidad, o de manera despiadada; pero el buen arte es siempre profundamente humano. El buen arte, la música, la pintura, es hija de los hombres que a pesar de las fieras que asolaban la llanura, a pesar del sol inclemente y la falta de agua, decidieron internarse en lo desconocido.

Cada hombre, cada funcionario, cada artista, debe decidir en su momento si honra al mono que se quedó en el bosque, sobre los árboles, o a aquel que prefirió la libertad de lo desconocido. El hombre nunca ha dejado de avanzar en lo desconocido; el paso del tiempo lo condena a ello. Todos nuestros libros de ciencias, nuestro arte, nuestras ciudades actuales o ya en ruinas y enterradas en la arena, no son sino relámpagos, fugaces visiones de nuestra caminata en la llanura.

El hombre, dice Ortega y Gasset, tiene algo que es eterno. Algo que debe moverse y desarrollarse, alcanzar su plenitud, dentro de lo perecedero, dentro de las épocas, de los regímenes, de las eras. El escritor en México, sobre todo los jóvenes, han renunciado a muchas de sus facultades, incluso a la posibilidad de hacer estas sencillas distinciones. El humor y la risa, junto con la escatología, son los recursos más socorridos ahora, y a no ser dos o tres honrosas excepciones, se emplean de manera muy elemental. Es un humor y una escatología ciegos a gran parte de la realidad. No es un humor perfectamente dirigido a su tiempo y a su época como el de Mo Yan, el premio nobel chino. Es un humor que no nos permite comprender nuestra realidad, que ni siquiera pretende ocultarla o reducirla, sino simplemente menospreciarla por carecer, supuestamente, de importancia. Lo que se desprecia, sin embargo, al hacer esto, es al ser humano. Es pretender que nada de lo que éste haga o sufra mientras sobrevive en el planeta tiene importancia. La Historia, la Arqueología, la Literatura, son el relato más o menos fidedigno de nuestro paso por el planeta.

México es un país grande de casi 130 millones de habitantes. Si cincuenta aspirantes a escritores deshonran al ser humano y la literatura, siempre habrá un par de ellos que la honren y se esfuercen. Y por suerte, por primera vez en nuestra historia, los aspirantes a escritor se cuentan en miles. Aunque la impresión sea de banalidad, pues, siempre habrá muchos que —como los héroes de Carlyle o Dilthey— aun en medio de la soledad y la pobreza harán bien su trabajo; lejos de la gente que pretende conocer el único y verdadero espíritu de la época y trata de imponérselo a los otros a través del ninguneo, el hambre, la prisión o los balazos.

Gracias a esos valientes, es que podemos decir que en México hay verdaderos escritores, verdaderos artistas, y no sólo escribas obligados a anotar lo que un pequeño funcionario les va dictando.

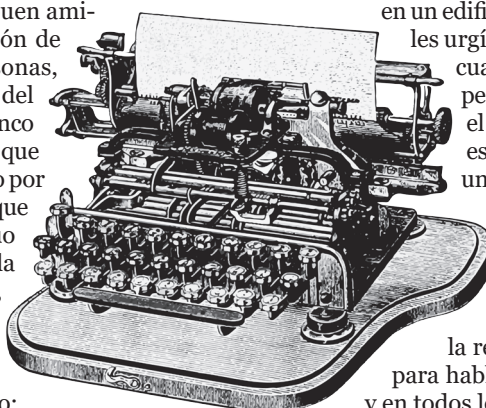
DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Insólitos

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1999. Por la década de los cincuentas, mi buen amigo Uriel tenía extensas siembras de algodón en la región de Tecomán, por lo que manejaba alrededor de mil personas, la mayoría traídas de Jalisco, Michoacán y unos pocos del paisanaje de donde yo fungía por esos tiempos como gerente del Banco de Zamora. Entre la gente que venía de fuera estaba un hombre que había sido soldado en la cristiada y que se decía que había liquidado por paga al presidente municipal de Pihuamo. En uno de los recorridos que Uriel hacía por sus siembras, le platicó al aludido que un individuo de Michoacán le había ofrecido pagarle cinco mil pesos y una pistola con su carrilera llenita de parque para que matara a Pedro Cárdenas, que en esos tiempos tenía ya bien surtida y acreditada la tienda que años antes le vendió mi amigo, secretario y consejero, Abel Chito Gallardo, cuando éste incurrió en el comercio sin mayor éxito. Agrega Uriel que al oír aquel comentario de inmediato le dijo: “No vayas a hacer eso, pues don Pedro es mi amigo y me sirve mucho cambiándome los cheques cuando el banco está cerrado. Y ahora dime ¿quién fue el que te hizo ese ofrecimiento?”. Y el antiguo soldado le contestó que nunca antes lo había visto y que no sabía por qué había ido con él. Y fue entonces cuando Uriel le aconsejó: “Cítalo en la Zanja Prieta y pídele el dinero y la pistola por adelantado, y le dices que tan luego haces el trabajo tendrás que salir en estampida. Y ya que lo convanzas y tengas en tu mano la pistola y el dinero, ahí mismo le disparas, pues no reconociendo a ninguno de los dos, te da igual matar a uno que a otro, y tú haces más mérito porque quitas de en medio a quien está acostumbrado a pagar por matar”. Y así terminó platicándome mi buen amigo Uriel lo sencillo que fue todo aquello, en que le salvó la vida a don Pedro y éste nunca lo supo.

En el verano de 1985, vivían ambas por el rumbo de Las Fuentes, allá en Guadalajara,



en un edificio de condominios. Como aún no tenían servicio telefónico, cuando les urgía comunicarse con alguien necesitaban recorrer alrededor de ocho cuadras, para llegar a una tiendita donde la encargada cobraba 25 ó 50 pesos por llamada (eran los tiempos que el dinero casi no valía), según el cliente o su temperamento en ese momento. Un día cualquiera, pero eso sí, por esos días se dieron cuenta que pululaba por las cercanías, un perro que a todas luces parecía rabioso, aullaba, gruñía y parecía como que iba a morder cuando alguien pasaba cerca de él. Así es que los transeúntes lo pasaban a distancia, las amigas encerraron a sus críos y a sus perros. Esos días todo lo hacían a bordo de sus coches, llevaron a sus niños y fueron de compras, igual que los vecinos, a bordo de sus automóviles. Así es que ambas amigas y con la recomendación y apoyo de los demás, se encaminaron a la tiendita para hablar por teléfono; hablaron a uno, a dos y tres números telefónicos y en todos les indicaban que hablaran a equis número, el que al final tampoco era. Pero era tanta su zozobra y sus temores que siguieron insistiendo hasta que una voz varonil les contestó que efectivamente ahí era la oficina antirrábica, encargada de los animales rabiosos. Le explicaron concienzudamente el caso, el domicilio, sus temores y su urgente súplica que mandaran por el perro solitario que seguía aletargado, gruñendo y enseñando los colmillos en su boca rabiosa. Y ahora, esperando ellas que aquella voz varonil les dijera: “Ahorita vamos por él”, el de esa voz les pregunta: “¿A cuántas personas ha mordido el perro?”. “Gracias a Dios a ninguna todavía”, “bueno, si es así no podemos distraernos en ir por él, así es que cuando muerda a alguno, entonces de inmediato nos avisa”. Y colgó el teléfono. Las amigas Laura y Celia se miraron una a otra y una de ellas exclamó: Increíble, ¿verdad?

* Empresario, historiador y narrador. +

El emigrante

Carlos Fernando Hernández Bento

Hoy siento latir la memoria
al compás del viejo tambor.

*iGomera, corazón
de tierra y palmeras!*

Hoy me llena el pensamiento,
pena y dicha, dicha y pena,
cabalgando por mis venas
a lomos del recuerdo.

Hoy tornan sobre un caballo
tiempos de pan y pena,
viva carne del pasado
y pesar de mi presente.

*iGomera, corazón
de tierra y palmeras!*

Y el silbo como un martillo
torna jinete del eco,

vuelve jinete del viento,
retumbando en el silencio,
retumbando entre mis sienes,
retumbando por los valles
y barrancos de mi alma.

*iGomera, corazón
de tierra y palmeras!*

Hoy, la melancolía se alza

y volando sobre mi alma,
pasa su inmensa sombra,
batiendo sus anchas alas,
sobre montes y barrancos,
sobre campos y laderas.

*iGomera, corazón
de tierra y palmeras!*

Corazón y pulmón de mi pecho.

Recuerdo redondo y tendido
sobre la mar del olvido.

Quien pudiera, ¡oh, Gomera!,
volver sobre lo que he andado
y quedar sobre tus campos
bailando, siempre bailando;
cantando, siempre cantando.

(1991)



PAISAJE Roque sobre roca y sobre el monte, verde. Bajo el cielo, mi tierra, y a mi frente, el Teide. (2017)

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA

COORDINADOR: JULIO CÉSAR ZAMORA

Imágenes: Fotos de Archivo. Correo: diarioagora@hotmail.com